

coronel Almada compuesto de 600 plazas, que estaba minado desde ántes y que acababa de pasarse al enemigo.

Ese mismo cuerpo hacia fuego sobre la retaguardia de Granados, á la vez que una columna que llegaba de refresco lo atacaba de frente, viniendo todo esto á hacer inútil el esfuerzo que la brigada acababa de hacer.

Martinez y Granados comprendieron que la derrota estaba determinada, y procuraron abrirse paso á retaguardia, rompiendo el anillo de hierro en que se les habia encerrado, con solo algunos soldados decididos y valientes que quisieron seguirlos.

Las pérdidas fueron: cincuenta mil pesos que se hallaban repartidos en las cajas de los cuerpos, cuatro piezas de artilleria, todo el parque, multitud de mulas cargadas con equipages, caballos, armas y una infinidad de prisioneros, sin que muriera de los nuestros ningun oficial, ni sargento siquiera, sino solo algunos soldados.

El enemigo tuvo en ese particular mas sensibles pérdidas, muriendo entre los gefes de cierta importancia el coronel Crespo antes Prefecto de Mazatlan paisano y amigo querido del general Rubí.

Como no habian caido gefes ni oficiales prisioneros, en represalia fueron fusilados todos nuestros sargentos y cabos á quienes cupo suerte tan desgraciada!!!...



### CAPITULO XIII.

#### EL SAQUEO.

Habiáanse fusilado 17 de los prisioneros, cuando llegó el magnánimo general D. Donato Guerra é impidió que siguiera la matanza.

El general Toledo no concurrió á la batalla porque se encontraba enfermo en Mazatlan: allí estaba yo á la vez ejerciendo las funciones de primera autoridad política y preparando el viaje de mi familia para S. Blas, porque habia presentido lo que iba á suceder y no queria que aquella sufriera las vejaciones de costumbre. Solo que no aguardaba que estuviera tan próximo el desenlace ni que fuera tan desastroso. El embarque no pudo efectuarse por no haber dispuesto de tiempo suficiente para empacar los equipajes. ¡Cuánto me pesó despues no haber sacado de Mazatlan á mi familia aunque fuera sin una sábana!



A la una de la tarde recibí un parte en que se me participaba que estaban batiéndose las fuerzas de Rubí con las de Martínez. No había trascurrido un cuarto de hora, cuando se presentó en mi casa montado á caballo el general Toledo en persona poniéndome al corriente de la derrota que habían sufrido nuestros amigos. Un ayudante del general Martínez que llegó en esos momentos nos refirió algunos de los pormenores, sin dejarnos la menor duda respecto de la magnitud de aquel fracaso.

Decidimos reunir á la poca gente con que contábamos en el puerto, á fin de incorporarnos con el gobernador. Estaban ensillándose nuestros caballos, cuando fuimos advertidos por diferentes personas de que ya estábamos cortados por tierra, quedándonos en el mar nuestra única retirada, siempre que este medio lo adoptáramos violentamente.

—¿Es posible, preguntamos con aire de duda, que el enemigo se haya movido con tal rapidez sobre Mazatlan?

A esto nos contestó un oficial estendiendo la mano, para designarnos las grandes canoas que se desprendían de la Isla llenas de gente, y cuyas armas reverberaban con los rayos del sol, agregando estas dos significativas palabras, las mas terribles despues de una derrota:

—¡Allí están!

Allí estaban en efecto, y venían en busca nuestra, hidrópicos y desbordándose en deseos de venganza. Si hubieran podido beber toda nuestra sangre, hubié-

ran quedado todavía sedientos, tanto encono así manifestaban contra unos enemigos políticos, que una série de circunstancias acumuladas por la fatalidad, les había formado.

Rindiéndonos á la evidencia de lo que veíamos, renunciáramos al proyecto de salirnos de Mazatlan por aquella lengua de tierra, la única salida que existe, ocupada ó en momentos de serlo por nuestros encarnizados perseguidores. Entonces abandonamos nuestros caballos y nos resolvimos á tomar la fuga por agua.

Di algunas breves órdenes á fin de que mi familia se refugiase en una casa extranjera para evitar los atropellos del primer momento: mis caballos, mis libros y papeles fueron puestos en lugar que yo consideré seguro, y mi casa fué abandonada para que hicieran de ella lo que quisieran los que iban á tomarla por asalto.

Nuestros amigos ó simpatizadores nos rodeaban haciéndonos instancias para que nos apresuráramos á salir al mar, temiendo que fuésemos asesinados por los rubistas que estaban ya entrando por el otro extremo de la ciudad.

Efectivamente, estaban llegando algunos grupos de gente armada, pero á poco vimos que eran gefes y oficiales dispersos de nuestros amigos.

Por fin nos dirigimos al muelle, pudiendo apenas llevar conmigo un ligero saco de viaje, mis armas y una caja de puros habanos. Me contaron despues que un tal Duhagon que me vió pasar, dijo al ver la caja



de puros que llevaba yo en la mano, á los que estaban inmediatos á él:

—¡Es una caja llena de onzas de oro!

Ese Señor Duhagon debia de ser muy candoroso: ¿á quién se le ocurre llenar con onzas de oro un cajon de puros y llevarlo tranquilamente por entre multitud de gentes insolentadas que podian arrebatarlo con toda impunidad?

Siempre, despues de mis tristes campañas, hasta mis mismos amigos me han juzgado repleto de onzas de oro, sin poderse persuadir de que he salido de todas ellas á la cuarta pregunta.

Por lo demás, no me atrevo á creer que esa clase de ligerezas sean dictadas por la perversidad ó por el deseo de matar la reputacion de un hombre, sino simplemente por halagar las credulidades del vulgo ó la mucha voluntad de suponerse que la persona aludida no ha perdido el tiempo.

El general D. Jesus Toledo y yo, con cosa de treinta personas mas, entre empleados civiles y militares, de los que mas temian exponerse á los furoros del partido triunfante, nos pusimos á bordo de un buque de guerra inglés que estaba anclado en la bahía y que fué la única de las embarcaciones que se atrevió á darnos hospitalidad.

Detrás de nosotros llegaron los oficiales dispersos y poco despues los coroneles Granados y Palacio, por los cuales tuvimos el gusto de saber que ninguno de nuestros amigos habia muerto en aquella desgraciada funcion de armas.

El general Martinez seguido de unos 200 hombres montados se habia retirado rumbo á Culiacan, en donde tenia esperanza de reorganizarse ó de formar cuando menos algunas guerrillas para seguirse sosteniendo, mientras se veia el giro que tomaba la revolucion general. En los últimos dias se habian recibido comisionados de Puebla y de Guerrero, lo mismo que de algunos otros Estados, proponiendo un plan para desconocer á D. Benito Juarez como Presidente, tanto por el golpe de Estado de Paso del Norte, como por los ataques á las instituciones y principios constitucionales dados en la Convocatoria: el respeto y el cariño que nos acostumbamos á profesar al representante de nuestra autonomia durante la guerra de intervencion, no habia hecho contestar á todos que nuestra cuestion era local y de fácil arreglo, sobre que esperábamos bien que lo tuviera. Martinez nos mandaba decir que desde el momento en que el gobierno general habia sido inconsecuente con nosotros y nos habia atacado, ya no le debiamos ninguna consideracion, sino que estábamos en el caso de recoger el guante que nos tiraba: que en S. Blas recibiriamos armas y otra clase de elementos de guerra, que recogiéramos la gente dispersa que habia tomado por el rumbo de Santiago y que él nos avisaria en qué época habiamos de volver á la carga con todo ímpetu.

Se conocia que iba devorado por el despecho, juzgándose víctima de la mayor de las perfidias.

Una vez que estábamos completamente garantizados de nuestras vidas á bordo del vapor de guerra in-



glés, nos pusimos desde allí á hacer los arreglos convenientes para verificar nuestra retirada: fletamos dos pequeñas embarcaciones que apenas podian contener sobre cubierta á los sesenta hombres que formábamos la expedicion y nos hicimos á la vela al oscurecer en los momentos en que oíamos la algazara atronadora de las hordas de Rubí que paseaban alcoholizadas por las calles, llenando de terror á los habitantes de Mazatlan.

Sus gritos repetidos eran que muriera Martinez, que muriéramos todos nosotros: que vivieran Rubí y Ramon Corona. No hubo casa que no volvieran de alto á bajo buscándonos, pero buscando con más empeño lo que nos pertenecía para tomarlo como botin de guerra. Asi fué como me desembarazaron en esa vez de tres caballos de mi propiedad y dos magníficas mulas, de una buena silla de montar, de mis libros todos que habia logrado reunir á fuerza de sacrificios desde que era estudiante, de mis papeles, de mi ropa y de otras bagatelas. Las puertas de mi casa fueron forzadas y los gefes de Rubí se sacaron de allí los pocos objetos que se habian quedado abandonados. Se habia procurado engendrar el mayor rencor contra mi entre aquellos beligerantes diciéndoseles que era yo el alma y el motor de las divisiones que reinaban en el Estado.

Se decretaron luego algunas prisiones, se mandó sacar dinero de donde lo hubiera, se allanaron sin formalidad todas las casas. . . . no fué el orden en suma el que presidió la entrada á Mazatlan de nuestros vencedores.

Aunque nosotros quisimos abandonar el puerto por

la noche, el viento nos faltó para inflar las velas y al dia siguiente amanecimos todavía á la vista: entonces se pensó en perseguirnos y el capitan del puerto coronel D. Francisco Miranda, que habia entrado triunfante con Rubí queriendo vengarse de la zurra que llevó en las Mesas, se puso personalmente á alistar un buque de alto porte en el cual colocó cuatrocientos infantes. Tampoco le hizo viento ni siquiera para salir de la bahia y tuvieron nuestros enemigos que contentarse con vernos alejar al impulso de un noroeste fresco que nos empezó á soplar á cosa de las diez de la mañana. No se dieron por vencidos y mandaron despues un vaporcito llamado el Colon, á darnos caza; pero ya nosotros á fuerza de velas y de remos nos habiamos puesto fuera de la persecucion.

Cuando regresó el Colon se dijo que ibamos allí todos prisioneros y que se nos iba á pasar por las armas sobre la marcha; pero esto solo tuvo por objeto dar un tormento de dos horas á nuestras atribuladas familias.

Dos dias despues nos encontrábamos sanos y salvos en S. Blas en donde por precaucion, lo mismo que nos habia pasado á bordo del buque inglés, nos fueron recogidas las armas. Podiamos contar desde luego con las simpatias de Lozada el gefe absoluto del territorio de Tepic, lo mismo que de los suyos, considerándonos víctimas de Corona, y fuimos tratados por el gefe de las armas del puerto con las mayores muestras de consideracion. Al dia siguiente llegó la orden para que se nos devolvieran nuestras armas,



para que se nos entregase una cantidad de dinero, y para que se nos ofreciera todo género de garantías: quedábamos además en absoluta libertad para permanecer en el canton ó para dirijirnos á donde nos conviniera.

A los cinco dias mi familia se preparaba en Mazatlan para seguirme á San Blas, cuando el mencionado capitan del puerto hizo volver á la playa los bultos que estaban ya embarcados. Varios comerciantes y amigos míos desconocieron aquel procedimiento, pero el coronel Miranda mandó entonces recabar una orden del gobernador que conservo original, y que dice así:

«República Mexicana—Gobierno Constitucional del Estado Libre y soberano de Sinaloa.—Teniendo noticia este gobierno de que se trata de embarcar los muebles de los revoltosos Fulano de tal (Fulano de tal soy yo) y otros, dispondrá Vd. bajo su mas estrecha responsabilidad, sean detenidos, tomando una nota pormenorizada de todos, y dará cuenta á este Gobierno.—Independencia y Libertad.—Mazatlan, Abril 14 de 1868.—D. Rubí.—Francisco á Solano, secretario....C. Capitan del Puerto, coronel Francisco Miranda.»

Por fortuna esta orden de embargo no era estensiva á mi muger y mis dos pequeñuelos Amalia y Arturo, los cuales pudieron ponerrse á bordo abandonando todo aquello á la rapacidad de mis enemigos.

## CAPITULO XIV.

### PERIPECIAS.

Mis lectores no habrán olvidado al Dr. Juan Valadez, mi compañero durante toda la campaña de Colima, á quien los acontecimientos habian empujado tambien á Mazatlan; pues bien, este amigo fué el que me dió el golpe de gracia encargándose de todo lo que no habia caido en poder de Rubí y sus gentes. Se casó á poco, le servian aquellos muebles que mi esposa dejó encomendados á su cuidado y por eso jamás pensé en reclamárselos. Lo único que hice fué borrarlo de la lista de mis amigos, pues no lo son, no pueden serlo los que abusan de las circunstancias tristes de una familia.

Verificado el embargo de mis muebles y equipages por los empleados de la Aduana, las cajas que contenian ropa fueron abiertas en la playa y registradas públicamente: cada cual cogia allí lo que le gustaba,